

inalterable á prueba de todo accidente. Para reprimir sus ímpetus, es medio muy eficaz el callar luego que se exalta, y retirarse por algunos instantes.

2. Examina cuáles son tus pasiones, y por la mañana, cuando ofrezcas las obras del día, haz á Dios una oracion particular, pidiéndole te asista con su gracia para vencerlas. Todos los días, ó á lo menos de cuando en cuando, haz algunas penitencias, ofrece algunas comuniones y algunas limosnas para que el Señor te conceda esta importante victoria. Escoge por especial patron algun santo que haya sobresalido en aquella virtud que necesitas. Estos son auxilios necesarios para lograr el vencimiento. Desconfía de tu flaqueza; pero confiando al mismo tiempo en la divina gracia, no omitas medio alguno que pueda conducir para domar á este enemigo. Sobre todo, guárdate bien de dejarte mandar de tus pasiones; ya que no las puedas aniquilar y destruir, por lo menos ténlas sujetas, abatidas, y por decirlo así, encadenadas.

DIA VEINTE Y DOS.

SANTA MARÍA MAGDALENA.

Santa María Magdalena, tan célebre en el Evangelio por su inseparable adhesion á la persona de Cristo, y por su dolorosa penitencia, fué originaria de Betania, pueblo reducido, á tres cuartos de legua de Jerusalem, mansion ordinaria de su familia. Segun san Antonino, su padre se llamó Syr, y su madre Eucaria, muy conocidos entre los judios, tanto por sus muchos bienes de fortuna, como por el distinguido papel que hacian en la provincia. Tuvieron un hijo y dos hijas, Lázaro, que fué el primogénito, Marta y Maria.

T. 7.

P. 524.



S^{TA} MARÍA MAGDALENA.

Muertos el padre y la madre, los hermanos repartieron entre sí la hacienda; á Lázaro y á Marta les tocó la que habia en Betania y en las cercanías de Jerusalem, y á María le cupo el castillo de Magdelon, ó de Mágdalo, situado en la provincia de Galilea. Quedóse por algun tiempo en Betania, con su hermano y su hermana, los cuales, reconociendo la excesiva vivacidad de su genio, y la violenta inclinacion que mostraba á la profanidad, á la diversion y al desahogo, hicieron cuanto pudieron para inspirarle el santo temor de Dios, la modestia y la compostura propia de su sexo.

Pero aprovechó poco su zelo; cansóse presto María de una vida tan arreglada, y resolvió sacudir de sí aquel pesado yugo. A su natural vivo y orgulloso, á su espíritu brillante, á su corazon enteramente mundano, acompañado todo de una rara hermosura, se le hacia insoportable la vigilancia de una hermana que hacia pública profesion de la mas ajustada virtud. Tomado, pues, su partido, se retiró á su castillo de Mágdalo en Galilea, como á propia posesion, que le habia tocado en su legitima. Allí olvidó bien presto, así las lecciones, como los ejemplos de sus padres y de sus hermanos. Las frecuentes visitas de mucha gente moza y divertida, su despejo y su desembarazo, algo mayor de lo que fuera justo; ciertos modales un poco mas libres de lo que permitia la modestia, hicieron poca merced á su reputacion, siendo su pasion dominante la de parecer bien y tener muchos cortejos. Ya no pensaba Magdalena en otra cosa que en divertirse: las galas, los perfumes, las joyas mas exquisitas daban mayor lustre á su hermosura natural; y abusando de su libertad, en breve tiempo fué el escándalo público de toda la provincia. Por aquel tiempo, poco mas ó menos, comenzaba el Salvador á llenar toda la Judea del ruido de

sus milagros y de su santidad : Lázaro y Marta fueron de los primeros discípulos que se agregaron, y clamaron incesantemente á su piedad por la conversion de una que llevaba una vida tan licenciosa y tan perdida. Oyó benignamente el Hijo de Dios sus piadosos ruegos, y como habia venido al mundo singularmente por los pecadores, movió el corazon de aquella insignie pecadora. Predicaba en Betsáida y en Cafarnaum no lejos del castillo de Magdalo, cuando, movida Magdalena de las maravillas que oia decir de aquel gran Profeta, le fué á oír por curiosidad. Apenas le oyó, cuando quedó convertida. Alumbró la gracia su entendimiento, penetró su corazon, y en el mismo punto concibió tanto horror de sus culpas, que no dilató ni un solo instante la penitencia. Informóse donde podia encontrar al Salvador, y supo que estaba convidado aquel dia á comer en casa de Simon el fariseo, con todo lo mas granado y mas distinguido de la ciudad. Eran delicadas las circunstancias; pero no se detuvo Magdalena. Luego que tuvo noticia de que Jesucristo estaba ya en casa de Simon, tomó un vaso de alabastro lleno de un bálsamo exquisito, y sin dar oídos al espíritu del mundo, ni á su delicadeza, ni á otras mil frívolas razones, entra en la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos, ó canapés que usaban en sus mesas los judíos, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se arrojó á sus sagrados piés por las espaldas, y despedazado el corazon con la fuerza del dolor y del amor, los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los unge con el precioso bálsamo, y los besa con respeto, mostrando su contricion y su tierna confianza.

Viendo esto el fariseo, inclinado siempre á echarlo todo á la peor parte, y notando la bondad con que el Salvador sufría á sus piés aquella pecadora, decia para consigo : Si este hombre fuera profeta, sabria

quién era la mujer que le está besando los piés, y bañádoselos con sus lágrimas. Leia el Salvador todo lo que pasaba en el corazon y en el pensamiento del fariseo; y queriendo que él mismo fuese el defensor de aquella mujer de quien hacia tan mal concepto, le dijo esta parábola : « Simon, quiero saber tu dictámen en lo que te voy á proponer. A cierto acreedor le debian dos sugetos, uno quinientos reales de plata, y otro cincuenta. Ni uno ni otro tenian con que pagar, y á uno y á otro les perdonó todo lo que le debian : dime, ¿cuál de estos debe amar mas, y estar mas agradecido al generoso acreedor? Es claro, respondió Simon, que aquel á quien perdonó mayor cantidad. Muy bien has respondido, replicó el Salvador, y señalando á la Magdalena, añadió : ¿ Ves á esta mujer? pues haz reflexion á lo que ha hecho, y sentencia despues sin pasion. Cuando entré en tu casa, ni se te ofreció siquiera presentarme un poco de agua para lavarme los piés, y ella me los lava con sus lágrimas. A tí no te pasó por la imaginacion derramar sobre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan, y no se escasean en los convites; y ella derrama sobre mis piés un precioso bálsamo, de cuyo suave olor está llena toda la casa. Por tanto, no te admires de que se le hayan perdonado muchos pecados, porque verdaderamente amó mucho. Hasta ahora ninguno me ha buscado, sino para que le sanase de las enfermedades del cuerpo; pero esta mujer se postró á mis piés solamente para que la curase de las heridas del alma. Y volviéndose despues á aquella ilustre penitente, le dijo : Anda, hija mia, tu fe y tu confianza te han salvado; y tus culpas quedan perdonadas.

No hubo jamás perdon mas señalado, ni tampoco mas perfecta conversion. Apoderóse el divino amor del lugar que ocupaba el amor profano, y abrasó desde luego aquel noble y generoso corazon. No

tuvo el Salvador discipula mas fervorosa, que mas gustase de su celestial enseñanza, ni que se aprovechase mas de sus divinas instrucciones.

Fácilmente se deja discurrir el gozo de Lázaro y de Marta cuando tuvieron noticia de la milagrosa mudanza de su hermana. Ni nuestra santa se descuidó en darles luego las mejores pruebas de ella en sus fervorosos ejemplos: inmediatamente se puso en camino para Betania, donde les refirió las piedades y las maravillas que el Salvador habia obrado con ella. Desde entonces la fiel discipula no perdió ocasion alguna de oír las lecciones de su divino Maestro, á quien siempre tenia presente en su espíritu, cuando no podia estar á sus piés. Este amor á la contemplacion le ocasionó cierta quejilla por parte de su hermana. Como el Hijo de Dios amaba tanto aquella virtuosa familia, se fué á hospedar en su casa, y Marta hacia todo lo posible para tratar á tal huésped como era razon. Mientras ella andaba dentro de la casa de aquí para allí dando providencias, Maria Magdalena se estaba muy tranquilamente sentada á los piés de Cristo, sin pensar mas que en oírle y en aprovecharse de lo que le oía. Como vió Marta que la hermana no se movia, encarando con el Salvador, le dijo con ingenuidad: *Señor, ¿pues no veis que mi hermana me deja sola, queriendo que yo lo haga todo? decidle, os ruego, que se levante, y que venga á ayudarme.* Tomó de aquí ocasion Jesucristo para enseñarle aquella gran verdad, que es como el compendio de la moral cristiana, y le respondió: *Marta, Marta, tú andas muy solícita, inquieta y embarazada en muchas cosas; créeme que una sola es necesaria, y que Maria escogió la mejor.* Como si dijera, explica san Agustin, no condero tu caridad ni tu zelo; pero no puedo aprobar tu inquietud. Siempre es reprehensible el trabajar con afan y con disipacion; tu hermana está mejor

ocupada que tú, pues se aplica á lo mas perfecto, que es el espiritual alimento de su alma.

Retirado el Hijo de Dios en Galilea para evitar el furor de los judíos, enfermó Lázaro de muerte. Agravósele la enfermedad, y las dos hermanas acudieron al Médico celestial; despacháronle un propio con este breve y significativo recado: *Señor, el que amas está enfermo.* Cuando el expreso llegó, ya Lázaro habia muerto; y el Salvador no llegó á Betania hasta cuatro dias despues de su entierro y funerales. Hizo adelantar á nuestra santa la noticia de su venida, y saliéndole á recibir, le dijo bañada en lágrimas: *Señor, si hubiérais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.* Mostróse enternecido el Salvador, y resucitó á Lázaro á ruegos de las dos hermanas.

No parecia posible amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno que el de esta fina amante de Jesus. Seguíale casi á todas partes para aprovecharse de sus instrucciones, y para cuidar de su sustento con sus limosnas. Por lo comun los evangelistas la nombran la primera entre las mujeres que seguian al Salvador. San Lucas y san Marcos, hablando en particular de Maria Magdalena, dicen que esta fué aquella fiel discipula de la cual lanzó Jesus siete demonios; lo que explican muchos padres antiguos diciendo que le perdonó muchos pecados, extinguiendo en ella con su gracia el espíritu mundano, el espíritu impuro, el espíritu de orgullo, el espíritu de independenciancia, el de profanidad, el de ociosidad, el de regalo y el de delicadeza. Lo cierto es que no malograba medio, ocasion, ni oportunidad de manifestarle su respeto, su amor y su reconocimiento.

Estando el Salvador en Betania, seis dias antes de la última Pascua, le convidó á comer uno de los mas ricos vecinos del pueblo, llamado Simon, á quien el mismo Señor habia curado de la lepra. Era Lázaro

uno de los convidados; Marta servia á la mesa, y María atenta siempre, y siempre desvelada en dar á su divino Maestro cuantas pruebas le eran posibles de su reconocimiento y de su respeto, tomó de su cargo los perfumes, que entre los judíos eran todo el lucimiento de la fiesta. Tomó una libra del espíritu de nardo, escogiendo el mas precioso, por ser destilado, no de la hoja, sino de la espiga de aquella planta. Cerróle muy bien en un vaso de alabastro, y entrando en la sala donde comian los convidados, le derramó todo sobre los piés del Salvador, enjugándolos despues con sus cabellos, y teniéndose por muy dichosa de haber empleado tan bien aquella preciosa esencia.

Llenóse toda la casa de fragancia; pero los que tenían menos fe, ó no eran tan devotos, censuraron su prodigalidad, diciendo que un perfume tan costoso, como que valia trescientos dineros de plata, hubiera estado mejor empleado si se hubiese vendido, y repartido su precio entre los pobres. Como el Hijo de Dios penetraba intimamente lo mas reservado de aquellos malignos corazones, tomó de su cuenta la defensa de nuestra santa. « Lo que acaba de hacer (dijo) será perpetuamente alabado; y eso que vosotros calificais de excesiva profusion, es prueba de su mucha piedad. Lo mismo que vosotros acostumbrais hacer con los cadáveres de los difuntos, ha hecho anticipadamente conmigo esta piadosa mujer, adelantando este oficio algunos pocos dias á mi próxima sepultura. »

Pero el teatro donde mas se acreditó, y donde mas resplandeció el fuego del divino amor que abrasaba á Magdalena, fué en la pasion de Jesucristo, y en el monte Calvario. Aunque los demás discipulos le desampararon, y se esparcieron luego que vieron preso á su divino Pastor, ningun respeto ni temor fué bastante para que la intrépida y amante Magdalena per-

diése de vista á su amado Maestro. Siguióle á todos los tribunales, y acompañando inseparablemente á su santísima Madre, se halló con esta Señora al pié de la cruz, donde tuvo la dicha y el dolor de ver espirar á su adorado dueño. Es tradicion tan antigua como respetable, que recogió con la mayor veneracion una porcion de tierra empapada en la sangre del Salvador, y que guardó este precioso tesoro en una ampolla, que hoy se conserva y se adora en San Maximiano de Provenza.

Si el amor de Magdalena á su celestial Maestro hubiera sido menos encendido y menos generoso despues que le vió espirar, se hubiera contentado con llorarle en la soledad de su retiro. Pero nuestra santa no limitó precisamente las finezas de su amor á las demostraciones del llanto. No se alejó de la cruz, ni se retiró á Jerusalem hasta que se dió sepultura al Salvador, y acompañó el cuerpo al mismo sepulcro, con intento de volver á rendirle los últimos honores luego que se pasase la festividad del sábado. Es bien sabida la priesa que se dió á madrugar aquel dia, llegando al sepulcro al romper la aurora. Representábanle las compañeras que era imprudencia pretender forzar, por decirlo así, una compañía de soldados que guardaban el cuerpo; y que parecia insigne temeridad presumir ella sola remover una gran losa, que apenas hubieran podido menear muchos hombres juntos, y además de esto estaba sellada con el sello del soberano. No conoce estorbos el fuego del divino amor, y así nada acobardó á Magdalena, ni fué bastante para detenerla un momento; habia allanado el Salvador todas las dificultades con su resurreccion; mas ella no lo sabia. Corrió, voló Magdalena al sepulcro, y ya le encontró abierto. Como no vió el sagrado cuerpo de su divino Maestro, abandonóse á los suspiros y al mas amargo llanto. Vió dos ángeles vestidos de blanco junto al se-

sepulcro, que le preguntaron el motivo de su dolor y de sus lágrimas: *Lloro*, les respondió Magdalena, *porque han quitado de aquí el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto*. Las otras santas mujeres compañeras suyas, y aun los mismos santos apóstoles se volvieron muy desconsolados; pero Magdalena perseveró constante sin desistir de la empresa, haciendo diligencias por todo el huerto donde estaba el sepulcro, y buscando el sagrado cuerpo por todas partes con dolor y con inquietud: entraba á cada instante en el lugar del mismo sepulcro, sin poder sosegar, y cada vez que no le encontraba se le renovaba el llanto; pero no tardó el Salvador en premiar tan fina y tan generosa constancia; volvió á un lado la cabeza Magdalena, y vió en pié á Jesus, aunque no le conoció, el cual le dijo: *Mujer, ¿porqué lloras tanto?* Ella creyendo que fuese el hortelano, respondió: *Señor, si tú te le llevaste, dime dónde le pusiste, que yo le buscaré y le retiraré*. Movido entonces el Salvador de aquel amor fino y tierno, no hizo mas que llamarla por su nombre, diciéndole esta sola palabra: *María*; y reconociendo por ella la generosa amante que era el mismo Jesus, exclamó fuera de sí: *¡ Ah, Maestro mio!* y queriendo arrojarle á sus piés para abrazarlos, el Señor se lo estorbó, para darle á entender, como dice san Leon, que ya era tiempo de que, elevándose sobre los sentidos corporales, le mirase con los ojos de la fe, considerándole como si ya estuviese sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre. Solamente le añadió: *Anda, y ve apriesa á contar lo que has visto á mis hermanos*.

Agradeció María esta orden como una prueba especial del amor que le tenia su divino Maestro; y en efecto se debe contar esta aparicion por uno de los mas señalados favores que recibió de Jesucristo. Tuvo despues el consuelo y la dicha de verle y de oírle

muchas veces; y como era inseparable compañera de la santísima Virgen, se halló á su lado en el monte Tabor cuando su divino Hijo subió triunfante á los cielos. Era su ánimo pasar lo restante de su vida acompañando en su retiro á la Madre del Salvador, á quien amaba y respetaba como á madre suya; pero habiéndose suscitado la persecucion de los judios contra los discipulos de Jesus, y habiendo quitado la vida al protomártir san Estéban, se vieron obligados los fieles á salir de Jerusalem. Lázaro y sus hermanas eran el objeto principal de su furor, no pudiendo sufrir aquel obstinado pueblo tener á la vista un testimonio tan palpable del poder de Jesucristo, que continuamente les estaba dando en cara con su impiedad y con su deicidio. Temerosos de que si le quitaban la vida le verian segunda vez resucitado, se contentaron con desterrarle de la Judea. Dicese que á él y á sus dos hermanas Marta y María, con Marcela su criada, y con Maximino, uno de los setenta y dos discipulos, los metieron en un navio sin timon, sin mástiles, sin velas y sin aparejos, y que de esta manera los dejaron á merced de las olas en el Mediterráneo, exponiéndolos á un evidente naufragio; pero la providencia del Señor destinaba aquella bienaventurada tropa, y la conducia milagrosamente á un país que era de su particular agrado.

Es antigua y constante tradicion, autorizada por la misma Iglesia, que el navio entró de aquella manera en el puerto de Marsella, y que, atónitos los gentiles en vista de la maravilla, ella misma sirvió para disponer los ánimos á oír con asombro y con docilidad á una gente á quien el cielo protegía con tan visible prodigio. Luego que echaron pié á tierra, anunciaron la fe de Jesucristo en toda la ciudad, señalándose sobre todos el zelo y el fervor de Magdalena. Desde luego captó esta la admiracion universal

por su continente, por su elocuencia y por sus milagros, escogiendo para predicar la plaza mas vecina al gran templo de Diana, adonde todos los dias concurría el pueblo en tropel, y cada dia conquistaba nuevas almas para Jesucristo. En el mismo sitio donde a santa predicaba se ve hoy una capilla muy antigua dedicada en honor suyo, como á doscientos pasos del famoso templo de Diana, que es hoy la iglesia catedral, consagrada á Dios, y dedicada á la santísima Virgen con el titulo de Santa María la Mayor. En la célebre abadía de san Víctor se ve tambien una profunda gruta abierta en una peña, donde se asegura se retiraba la santa por las noches, pasándolas en oracion durante el tiempo que trabajó en la salvacion de las almas. Lo cierto es que los fieles de los primeros tiempos se juntaban en aquel lugar subterráneo para asistir al divino sacrificio.

Pero viendo Magdalena que habia abrazado la fe una parte de la ciudad, y que san Lázaro, á quien los apóstoles habian consagrado obispo antes de partir de Jerusalem, estaba encargado de aquella iglesia por la divina Providencia, tirándola siempre su inclinacion á la vida contemplativa, determinó acabar la suya en alguna soledad. Hallóla luego, y muy á medida de su deseo. Hay á ocho leguas de Marsella un espantoso desierto que termina en una elevada montaña, en cuyo centro se abre una dilatada gruta bastante profunda, y este fué el sitio que nuestra santa escogió para su mansion. En él hizo una vida celestial por espacio de treinta años, empleada en continuas comunicaciones con Dios, y sin otra conversacion que con los ángeles. Fué extrema su penitencia, siendo su cama la dura roca, y su comida las yerbas ó las raices que se criaban al rededor de la gruta.

Al cabo de treinta años de una vida tan santa, tan

prodigiosa y tan penitente, tuvo revelacion del dia y de la hora en que debia partir á volverse á juntar en el cielo con aquel divino Salvador á quien habia amado tan finamente en la tierra. Por ministerio de los santos ángeles fué milagrosamente trasladada á un oratorio distante dos leguas de su gruta, donde se retiraba san Maximino, de cuyas manos recibió la sagrada Eucaristía, y en ellas espiró tranquilamente, yendo al cielo á recibir el premio correspondiente á su abrasado amor de Jesucristo y á su admirable penitencia. Fué enterrada en aquel mismo sitio, y en él fundó la devocion de Carlos II, rey de Sicilia, la magnífica iglesia dedicada á la misma santa, con un convento de religiosos dominicos, á quienes el mismo piadoso monarca quiso hacer dignos depositarios de tan precioso tesoro. Venéranse las reliquias de la santa sobre el altar mayor, dentro de una urna de pórfido, regalo del papa Urbano VIII, adonde fueron trasladadas con gran solemnidad el año de 1660, en presencia del rey de Francia Luis el Grande y de toda su corte, por el arzobispo de Aviñon Juan Bautista Mariny.

La cabeza de la santa, engastada en un precioso relicario de oro, se guarda en la capilla subterránea que está en medio de la nave; y tambien se ve un hueso de sus brazos, con sus cabellos dentro de una ampolla de cristal, que se muestran muchas veces al dia, para satisfacer la devocion de los peregrinos y forasteros que concurren en gran número. Ni la gruta que en Francia se llama *el santo Bálsamo* es menos frecuentada que la iglesia donde descansan sus huesos, reciendo cada dia el concurso de los fieles en vista de los beneficios que reciben de Dios por su intercesion.

Las reliquias de santa Magdalena, que se guardan en el convento de Vecelay en Borgoña, pueden ser

alguna porcion de las que hay en San Maximino. Envidiosos los griegos de que la iglesia latina poseyese este inestimable tesoro, luego que se separaron de ella, salieron con la invencion de que san Lázaro, santa Marta y santa Magdalena habian muerto en Éfeso, especie de que hasta entonces no se habían acordado. Así, pues, tiene mucha razon la Provenza para gloriarse de que ella le posee, fundada en una tradicion venerable por su antigüedad, autorizada con manuscritos antiguos del sexto siglo, que se guardan en las iglesias de Tolon y de Senés; con el testimonio de Sigiberto, monje de Gemblours, de Honorio de Autun, de Gervasio de Tilisberi y de otros muchos autores antiguos; pero singularmente con la autoridad de muchos grandes papas, como Benedicto X, Juan XXII, Gregorio XI, Clemente VII, Eugenio IV, Sixto IV, Adriano VI y Urbano VIII que con sus bulas hicieron como cierta una tradicion tan constante.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Marsella, la fiesta de santa María Magdalena, de cuyo cuerpo lanzó el Señor siete demonios, y que mereció ver la primera al Salvador resucitado de entre los muertos.

En Filipos, santa Sinteca, de la cual habló el apóstol san Pablo.

En Ancira en Galacia, la fiesta de san Platon, mártir, mandado azotar por el teniente Agripino; desgarrado luego con uñas de hierro y atormentado con otros suplicios horrorosos, perdiendo por último la cabeza á filos de la espada, entregó al Señor una alma que nada pudo hacer titubear. El segundo concilio de Nicea atestigua los milagros hechos por nuestro santo en alivio de los cautivos.

En la isla de Chipre, san Teófilo, pretor, que, cogido

por los Arabes, y no habiendo podido recabarse de él ni con dones, ni con amenazas que renegase de Jesucristo, fué al cabo pasado á cuchillo.

En Antioquía, san Cirilo, obispo, célebre en ciencia y santidad.

En Auvernia, san Menele, abad.

En el monasterio de Brandiberga, san Vandriilo, abad, ilustre por sus milagros.

En Escitópolis en Palestina, san José, conde.

En Besanzon, san Donato, obispo, que compuso una regla para religiosos.

En Africa, el natalicio de los santos mártires Maxulitanos. San Agustin compuso dos sermones sobre su festividad.

En Oriente, el fallecimiento de santa Atanasia, esposa de san Andrónico.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Beatæ Mariæ Magdalænæ, quæsumus, Domine, suffra- giis adjuvemur; cujus pre- cibus exoratus, quatrduanum fratrem Lazarum vivum ab inferis resuscitasti. Qui vivis et regnas...	Suplicámoste, Señor, que seamos ayudados por la inter- cesion de la bienaventurada María Magdalena, á cuyos rue- gos resucitaste á su hermano Lázaro, despues de cuatro dias muerto. Tú que vives y reinas...
---	---

La epistola es del cap. 3 y 8 del libro de los Cánticos

Surgam, et circuibó civita-
tem. Per vicos et plateas quæ-
ram quem diligit anima mea :
quæsvi illum, et non inveni.
Invenerunt me vigiles qui cus-
todiant civitatem. Num quem
diligit anima mea vidistis?
Paululum cum pertransissem
eos, inveni quem diligit anima
mea: tenui eum, nec dimittam

Me levantaré, y rodearé la
ciudad. Por los barrios y plazas
buscaré al que ama mi alma :
le busqué, y no le hallé. En-
contráronme las centinelas que
guardan la ciudad. ¿Visteis
por ventura al amado de mi
alma? De allí á poco que los
dejé, encontré al que ama mi
alma, le coji, y no le dejaré